

Texto en que se reconstruye la intervención del periodista Ángel Vivas en la presentación de la novela, en el Ateneo de Madrid el 28 de enero de 2010

GARCÍA CANEIRO ha escrito una novela sorprendente y original, aunque —como no puede ser de otro modo; ya decía D’Ors que lo que no es tradición es plagio— se la pueda inscribir en algunas corrientes muy definidas.

En primer lugar, al menos en primer lugar por orden de aparición ante el lector (ya casi se puede decir, tratándose de libros, “por orden de aparición en la pantalla”), lo que presenta *La obra completa de W. M.* es una clásica novela de tirano: una república centroamericana ficticia y un dictador de opereta con todas las características de este tipo de personajes literarios, que suelen coincidir —ay— con las de personajes reales. El régimen de la República de Costa Verde se autodenomina revolucionario, pero, en él, la Iglesia es un poder más, la mujer está sometida a un papel subalterno, se practica la censura y se persigue a los disidentes. Es, además, una república hereditaria (ya hemos dicho que las semejanzas con la realidad son claras), en la que el dictador acumula cargos políticos.

Pero en ese retrato del tirano y su régimen, como en toda la novela, lo que predomina es el humor. No espere, pues, el lector, una novela de denuncia realista y trágica, como podía ser *El señor presidente* de Miguel Ángel Asturias, uno de los más altos y clásicos ejemplos de este género, sino algo más cercano a la farsa. Un ejemplo a este respecto: cuando la policía detiene a un hombre que ha lanzado un inofensivo cóctel molotov contra el presidente, la policía se lo lleva propinándole unas también inofensivas, y más humillantes que

sangrantes, patadas en el culo. Se desprende, en todo caso, una denuncia de los usos del poder, de cualquier poder: la tendencia a invadir la vida de los ciudadanos, la permanente necesidad de adulación, no exclusiva de las autocracias... Por otro lado, Costa Verde es un país atrasado, en el que algunos electrodomésticos usuales en el primer mundo constituyen una novedad; de modo parecido a otras novedades que Melquíades llevaba a Macondo.

Tras la presentación de esta ligeramente esperpéntica República de Costa Verde, el relato da un giro y adquiere la forma de novela metaliteraria, novela sobre literatura y autor apócrifo, el Wilfredo Muriente del título, en cuya vida y obra se indaga. En adelante, ambas líneas argumentales irán presentándose en capítulos alternos.

Más allá de los temas de la novela, hay que decir que ésta está muy bien escrita. Es absolutamente plausible la riqueza verbal que despliega García Caneiro, empleando registros muy distintos de lenguaje: la retórica del poder, la ampulosidad académica, los usos populares o coloquiales. Además de la magnífica, verdaderamente magistral, trabazón de relato y diálogo, y de diálogos dentro de diálogos dentro de diálogos; un alarde que exige un cierto esfuerzo del lector, pero que se verá sobradamente recompensado. Hay en esa larga conversación —sostenida principalmente por uno de los interlocutores— sobre la vida y milagros de Wilfredo Muriente, en la que se incluyen otras conversaciones y numerosos hechos muy dispares, un trabajo y un conocimiento del oficio de escribir que muestran sin la menor duda a un escritor de cuerpo entero.

A propósito de la vida y obra de Wilfredo Muriente la novela hace un recorrido por los tópicos y mitos de la literatura: la inspiración, la permanente inseguridad del escritor y su otra cara, la vanidad; el escritor que no llega a

trascender el nivel público, el que quema su obra, la pedantería crítica, el pirateo editorial... Al mismo tiempo, hace un recorrido —erudito y humorístico a la vez— por la historia de la narrativa española del siglo XX, que puede emparentarse con el que hace otra novela de estos años, la estupenda *Manual de literatura para caníbales* de Rafael Reig.

Esa segunda línea argumental de la novela —que, a la postre, es sin duda la principal— se adentra en otro tema también clásico de la literatura: el del doble. Aquí, *La obra completa de Wilfredo Muriente*, sin perder nunca el humor, característica destacada de la novela, adquiere un sesgo casi metafísico. Ese rasgo se acentúa en las últimas páginas cuando el autor, en un juego de prestidigitación, hace desaparecer a los personajes. ¿Son éstos criaturas del aire, que diría Bergamín? ¿Se han esfumado o han levitado como levitaba Castroforte del Baralla, aquella genial creación de otro gallego como García Caneiro?

Lo que no desaparece en ningún caso es la sólida impresión de haber leído una novela extraordinaria. El lector deseará (*with a profound desire*, que dijo Tolkien a propósito de los dragones) que, si bien la obra de Wilfredo Muriente —y de su alter ego, Alfredo Viviente— está ya cerrada, no sea ése el caso de la obra de García Caneiro.